



La Arqueología canaria en 1944

por E. SERRA

(Conclusión)

II

En nuestra anterior crónica arqueológica (nota 2) dijimos que nos había sido imposible someter a ciertas comprobaciones nuestra información sobre las fructíferas campañas de excavación realizadas en Gran Canaria por el Comisario Provincial nuestro amigo D. Sebastián Jiménez Sánchez. En efecto, hoy tenemos que rectificar algunos detalles: al hablar del poblado aborigen de Tufia decíamos que en él aparecía un túmulo circular junto a las casas. No se trata de un túmulo sino de una casa más, con clara entrada. Precisamente nos advierte Jiménez Sánchez, que si bien los túmulos se levantan cerca de los poblados, jamás están lindando materialmente con las viviendas, sino a cierta distancia de ellas; como ocurre con los verdaderos túmulos de este mismo poblado de Tufia (véase su plano esquemático).

Nos preguntábamos luego si el particular aparejo de lajas de que se componen los muros del poblado aborigen de "Los Castilletes de Tabaibales de Veneguera", discrepante del de grandes piedras más o menos cuadradas de los demás poblados estudiados por el Comisario, obedecía acaso a la naturaleza de los materiales disponibles en aquel lugar. Así es en efecto, nos informa Jiménez, pues aquellas mesetas sólo ofrecen ese material de lajas, color cobrizo, de 50 a 70 cm. de largo por 15 de espesor y

ellas sirvieron naturalmente para levantar los "Castilletes", a diferencia del negro basalto, común en otras partes (1).

TENERIFE

No fué menor que en Gran Canaria la actividad arqueológica en Tenerife el pasado año de 1944; si bien las particulares características de la vida indígena en esta isla no dan lugar a hallazgos tan vistosos. Aquí hay que distinguir de un lado la acción de la Comisaría Provincial, realizada principalmente por su Secretario y colaborador D. Luis Diego Cuscoy, y caracterizada por la finalidad dominante de precisar y circunstanciar los datos arqueológicos sobre la vida indígena, con un rigor científico digno de dicho investigador y de su jefe, nuestro compañero Juan Álvarez Delgado. Por otro lado hay que tener en cuenta los trabajos de los arqueólogos espontáneos y de simples aficionados más interesados en la recolección de objetos guanches que en el estudio de su ambiente. Aun así esta forma de investigación, única conocida en la arqueología de esta isla hasta la organización de la Comisaría, da a veces resultados de sumo interés como veremos luego, y por esto nuestro Comisario ha rehusado siempre adoptar actitudes represivas, por otro lado ineficaces, respecto de ella, y antes ha procurado atraer y estimular a los aficionados a cambio de un mínimo de control científico.

Cada exploración de Diego Cuscoy en nombre de la Comisaría Provincial ha dado lugar a una circunstanciada memoria en que no solamente se relata la labor realizada y se enumera el material aparecido, sino que se extraen las enseñanzas que de lo visto se deducen para el conocimiento de la vida indígena, finalidad principal perseguida. Como estas Memorias y otros materiales han sido puestos a nuestro alcance por la Comisaría, nuestra labor ha de reducirse, en cuanto a exploraciones oficiales, a dar un extracto de ellas, con algunos comentarios personales. Extracto breve porque no perdemos la esperanza de dar a nuestros lectores íntegramente algunas de estas Memorias, por lo menos si su publica-

(1) Jiménez Sánchez, como es natural, mantiene su propio punto de vista en la cuestión de nomenclatura y clasificación de las culturas canarias. Mas en cuanto a estos extremos preferimos reproducir íntegramente sus conceptos en otra sección de esta Revista (vide *Comunicaciones*).

ción oficial por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas se demora más de lo que nosotros deseamos.

Una de las primeras exploraciones sistemáticas realizadas por la Comisaría fué la de la región de Tenp, extremo NW. de Tenerife. De ella dimos entonces una breve noticia (2) y tenemos en cartera un minucioso estudio de uno de los hechos arqueológicos que allí se ofrecen, los concheros, estudio redactado de mancomún por D. Luis Diego Cuscoy y el arqueólogo D. José de C. Serra Ráfols, con motivo de la visita que a dichos yacimientos realizó éste últimamente, cuando vino a colaborar brevemente en las labores de nuestra Facultad.

Aquella noticia sumaria y este estudio, que esperamos publicar en el próximo número de esta Revista, nos dispensan de referirnos de otro modo a esta exploración. Tenemos que tratar, en cambio, de la exploración de ciertos poblados de la región de El Sauzal y Tacoronte, llevada a cabo en forma exhaustiva y metódica el pasado año. Con anterioridad la Comisaría había trabajado ya en esta zona. En efecto, las primeras exploraciones que en ella hizo Diego Cuscoy por cuenta de dicha Comisaría se orientaron simplemente por las noticias recogidas de boca de campesinos y pastores referentes a cuevas de guanches. Estas gentes suelen entender por tales las que dan calaveras y otros huesos humanos, esto es, lo que los arqueólogos llamamos cuevas funerarias. Mediante el estudio cuidadoso de algunas de estas cuevas (del risco de los Sauces, del acantilado de Guayonje, del risco de la Garañona, del risco del Castillo, cueva de los Guanches en el risco del Perro y otras de los términos de Los Silos y Buenavista hacia el NW. de la isla) y a pesar de ser todas ellas profanadas ya de tiempo, se pudo hacer un interesante estudio de las cuentas de collar, típicas de los aborígenes de Tenerife y también de la rudimentaria decoración cerámica. Aunque fueron estudiadas simultáneamente bastantes cuevas de habitación, éstas ofrecen por sí menor interés, pues es sabido que aquellos tipos de hallazgos, cuentas de tierra cocida y cerámica decorada, no aparecen sino en las sepulcrales. La Comisaría ha redactado sobre este tema una "Memoria sobre cuentas de collares guanches y descripción de las cuevas y emplazamientos donde han sido halladas", que es una de las que permanecen lamentablemente inéditas; y me-

(2) *Excavaciones arqueológicas en Tenerife*, Revista de Historia, IX, 1943, pág. 257.

nos mal que el Sr. Diego Cuscoy dió en las páginas de esta *Revista* un resumen de tal estudio (3). Pero en la campaña de 1944 el tenaz arqueólogo no se guió ya por las referencias ajenas sino que, habiendo localizado en el curso de los anteriores trabajos determinadas zonas de población indígena, exploró metódicamente todas sus cuevas de habitación y funerarias y como resultado nos ha dado por primera vez una idea clara de lo que era un poblado o "aldea" guanche. Hay que desechar, en efecto, la idea de que los aborígenes de esta isla vivían dispersos por donde buenamente encontraban abrigos naturales y enterraban sus muertos en cualquier cueva a capricho. Lejos de esto agrupaban sus viviendas, formando densos poblados, en ciertos barrancos o acantilados que ofrecieran las cuevas deseables (evitando las de acceso demasiado difícil) y escogían generalmente una sola para todo el poblado o barrio al objeto de enterrar sus difuntos. Aparte de esta cueva funeraria común aparecen junto a las viviendas algunos sepelios individuales, hasta ahora mal explicados, de que hablaremos luego.

Dos poblados o conjuntos de habitaciones vecinas ha estudiado Diego Cuscoy, por los que llegamos a comprender bien su estructura; uno nos da el tipo de poblado de barranco, el otro el de acantilado marino.

El primero es el del barranco Cabrera, nombre que ya ha substituído en el uso corriente al histórico de barranco de Acentejo; constituye la divisoria de los términos municipales de El Sauzal y La Matanza de Acentejo. Cerrado por altos acantilados en su curso superior, éstos disminuyen luego de altura. Las cuevas que fueron habitación de los aborígenes comienzan primero sólo en la margen izquierda, luego en ambas, desde el camino viejo de La Matanza y siguen hasta el risco que cae sobre el mar. El número de las exploradas y comprobadas como tales habitaciones es de veinte, de variadas dimensiones y disposición, pero nunca con señales de haber sido ampliadas o mejoradas por obra humana. Solamente en una se reduce la amplia boca de la cueva mediante una alineación de grandes bloques de basalto, bien calzados con piedras menores y que dejan un pasadizo para entrar cómodamente en el interior; esta barrera no alcanza de todos modos al techo saliente de la cueva y probablemente tiene su origen en un desprendimiento natural; luego fueron los bloques ma-

(3) LUIS DIEGO CUSCOY, *Adornos de los guanches. Las cuentas de collar*. *Revista de Historia*, X, 1944, págs. 117-124.

yores alineados por los aborígenes. En algunas otras cuevas se observa una gran piedra plana dispuesta como para servir de mesa. En todas el hogar está en lugar determinado y junto a la entrada; allí es donde se encuentra la mayor parte de restos óseos de animales, quebrados para aprovechar el tuétano. En las oquedades de la pared inmediata se introducían los huesos rotos a propósito para hacer con ellos punzones y también estos instrumentos típicos, ya terminados. Las tabonas o lascas de obsidiana se hallan abundantes lo mismo en estas cuevas que en las funerarias. Un núcleo de dicha piedra con señales de haberse separado de él las lascas cortantes, prueba que esto se hacía en las habitaciones y no se traían ya hechas de los lugares distantes en donde se encuentra dicha piedra. Algún otro tosco útil de piedra se pudo recoger, pero hasta tanto que no se repita cada forma en otras ocasiones, no se podrá hablar de un instrumento aborígen determinado. La cerámica, siempre fragmentada, abunda, a veces decorada con simples incisiones, a veces excisa con triángulos, medias lunas y círculos, a veces con surcos o molduras en torno de la boca.

El otro poblado estudiado lo designa Diego Cuscoy con el nombre de los Riscos de Tacoronte. Desde la desembocadura del barranco de Cabrera, de que venimos hablando, hacia el N. el risco que cae sobre la mar es del todo vertical y sus cuevas inaccesibles, no ofrecen indicio de uso. Pero pasado otro barranco, el profundísimo de Guayonje (por su parte también estéril, a pesar de sus muchas cuevas, acaso demasiado difíciles aun para guanches); pasado este barranco, decimos, los acantilados, aun siendo muy altos, se dividen en varios tramos o pisos separados por andenes que permiten circular por la base de cada uno de los pisos. Ahí precisamente es donde se abren las cuevas viviendas de los aborígenes, así que el poblado, en trozos, está dispuesto como un rascacielos, con una faja de viviendas en cada terraza o andén. Además los riscos se hallan hendidos verticalmente y cada sector tiene su nombre propio, lo que facilita la identificación de sus cuevas. Gran parte de éstas han sido totalmente alteradas al usarlas para majadas y sólo algún fragmento de cerámica primitiva permite cerciorarse de su antiguo uso. Las cuevas habitación comprobadas suman 38. Como en las del barranca Cabrera, la cerámica es abundante, pero aquí no ha sido hallado ni un fragmento decorado en las habitaciones (al contrario de las cuevas funerarias), si prescindimos del borde dentado, a veces rizado mediante la impresión de los dedos, tí-

pico de toda la cerámica de los guanches. Otros hallazgos y disposiciones son análogos a los del poblado del barranco Cabrera.

Pasemos ahora a las cuevas funerarias. La del largo poblado del barranco es la llamada de "Los Guanches", en el risco del Perro, ya mencionada y que debió contener antes de su profanación restos de un número crecidísimo de cadáveres. Su exploración metódica, aparte los hallazgos de cuentas, tiosos cerámicos, etc., habituales, dió una muestra de una



Fig. 1. Disposición de las lajas que cubrían una grieta de la cueva funeraria del «Roque del Prió», Taoronte.

disposición frecuente en estas cuevas funerarias: además de los cadáveres depositados en el ámbito de la cueva, a veces en varios estratos, algún rincón natural, alguna galería accesoria, alguna quiebra de la roca es aprovechada hábilmente para sepultura individual, cuidadosamente cerrada con lajas o muro de piedra seca que la aíslan del resto (Fig. 1). En la, "Cueva de los Guanches" se halló una sepultura de este tipo en el centro de la necrópolis, en un hueco de la masa de conglomerado, de 2'80

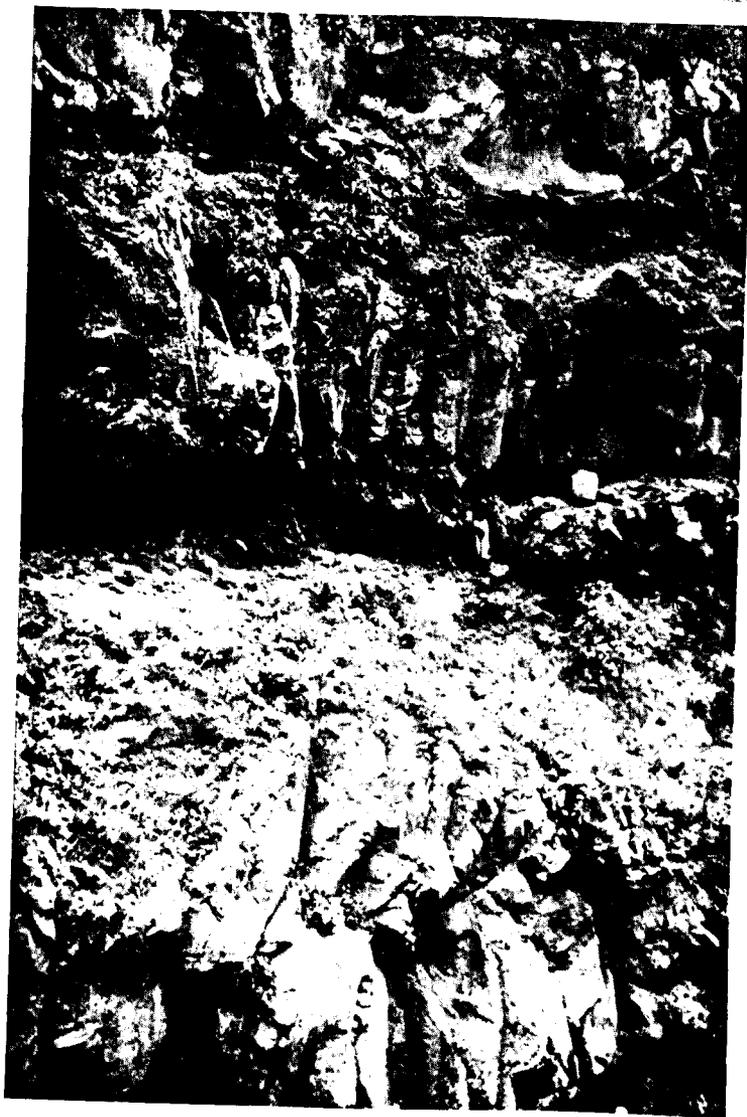


Fig. 2. Acceso a la cueva funeraria de «La Hondura», Barranco de Guayonje, Tacoronte. Nótese la roca que señala la entrada



Fig. 3. Las llamadas «Cuevas de Bencomo», Barranco del Pinito, La Orotava

por 0'95 m. Creemos que con estos enterramientos especiales de las cuevas funerarias deben relacionarse las pequeñas cuevas con un solo enterramiento, o muy pocos, que se encuentran a menudo entre las cuevas habitadas del poblado, a veces muy contiguas a alguna de ellas, una sólo separada de una vivienda por una pared de piedra seca. Nada en los objetos de ajuar hallados permite conjeturar a que respondían este tipo de sepulturas. Se piensa en seguida en personas distinguidas por alguna especie de jerarquía, pero no hay otro indicio comprobatorio por ahora.

Al poblado de los Riscos de Tacoronte corresponden hasta cuatro cuevas funerarias colectivas y una por lo menos para cadáveres sueltos. Cuscoy explica esta multiplicidad por el sucesivo relleno de las cuevas, que obligaba de vez en cuando a buscar otra. Cabe también conjeturar que hallándose este poblado, como hemos dicho, subdividido por cortes verticales en los riscos, y repartido en andenes, se formasen como barrios provistos de diferentes necrópolis. Las cuevas funerarias de boca estrecha como la del Roque del Pris, al extremo norte del poblado, solían estar cuidadosamente tapiadas, aunque hoy aparezca el muro derribado. En las de ancha boca se renunciaba a ello, pero se colocaba en la entrada un grueso bloque de roca, claramente visible desde lejos, y que se mantiene todavía en muchos casos. Lo tiene la "Cueva de los Guanches", necrópolis del poblado de barranco Cabrera; la de la Hondura, junto a barranco Guayonje (Fig. 2) y perteneciente al poblado costero, y también la del Risco de la Fuentecilla, del mismo poblado. Es difícil atribuir a este detalle tan repetido otra aplicación que la de símbolo del carácter sagrado de las cuevas que lo tienen y hay que relacionarlo con el evidente culto funerario de los guanches. No faltan tampoco en estas cuevas los sepelios singulares, en nichos y grietas naturales. En la del Risco de la Fuentecilla se utilizaron especialmente repisas naturales de basalto que ofrece en su interior.

Entre otros trabajos de la Comisaría en Tenerife, realizados aparte de esta exploración metódica de poblados enteros, es interesante el estudio de una cueva de tiempo conocida, la llamada "Cueva de Bencomo", nombre erudito, pues los campesinos hablan solamente de las "cuevas". A la margen derecha del barranco del Pinito, en la Cuesta de la Villa, visto de la carretera general que desciende al Valle de La Orotava, ofrece el risco numerosas oquedades, muchas inaccesibles, que son "las cuevas" referidas. Una de ellas (Fig. 3) está formada por dos salas ampliamente

abiertas al exterior, de unos 3 m. de profundidad y 2'50 de alto ambas, por 6 y 8 metros de anchura respectivamente. Se comunican interiormente por un estrecho pasadizo de 2'50 m. de largo y solo 0'80 de alto. El piso de la cueva ha sido limpiado de su yacimiento y, así, sólo en unas grietas pudieron hallarse tres pequeños trozos de cerámica indígena. La amplitud de esta doble cueva y su espléndida situación dominando todo el anchuroso valle de Taoro parece justificar el recuerdo del mencey que se ha asociado a su nombre. Pero ya hemos dicho que esta asociación es probablemente erudita, como induce a pensarlo la errónea forma del nombre guanche, divulgada por una mala lectura del impresor de la obra del P. Espinosa (4).

Ahora nos toca dar noticia de algunas exploraciones particulares y hallazgos casuales que han llegado de diversos modos a nuestros oídos. No es posible ceñirse rigurosamente a un período de tiempo en este caso, pues las noticias llegan con retraso y a menudo desprovistas de precisión. He aquí lo que sabemos.

Hace años al abrinse la carretera de Arico a Granadilla se hizo por los peones un importante hallazgo de cerámica indígena entera y otros objetos, entre ellos un magnífico bastón de mando o añepa (5). El bastón fué a parar, afortunadamente, al Museo Municipal de Santa Cruz, donde es hoy el mejor ejemplar de la importante colección de ellos que posee. Pero los demás objetos fueron repartidos entre capataces, ingenieros y peones y pueden darse por totalmente perdidos. De la forma y circunstancias del hallazgo no hay ni que hablar.

Un culto joven de Güímar, D. José Hugo Hernández, aficionado a la caza, recorrió en ejercicio de este deporte los riscos de la "Ladera", de dicho valle, y otros parajes de El Escobonal; en más de una ocasión halló objetos aborígenes en las cuevas donde entraba buscando madrigueras. Los conservó cuidadosamente, incluso con referencia de algunas condiciones del hallazgo, y más tarde, en 1940, con ocasión de una visita que

(4) Vide ELÍAS SERRA, *Las Datas en Tenerife*. *Revista de Historia*, IX, 1943, pág. 103. También JUAN ÁLVAREZ DELGADO, *Miscelánea Guanche*, I, núm. 144.

(5) Referencia verbal de D. Eduardo Tarquís, Director del Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, en 1943.

hicimos a dicho pueblo, tuvo la generosidad de regalárnoslos espontáneamente, cosa que aceptamos sólo en nombre de nuestra Universidad, donde ingresaron y hoy se encuentran (números 1 a 5 de la colección de la Facultad).

El más interesante de estos objetos es otro bastón de mando, hallado en una cueva del término de El Escobonal; su cabeza o remate recuerda la del cayado o báculo, en lugar de la forma discoidal de los demás ejemplares conocidos (6). En una cueva de la Ladera de Güfmar, José Hugo halló 76 cuentas de collar del tipo habitual, de tierra cocida; un gánigo semi-oboide con dos mangos no perforados, de 17 cms. de diámetro, y un cráneo de adulto con su maxilar inferior. Se trata de uno de estos sepulcros individuales, todavía no saqueado, a diferencia de los identificados por Diego Cuscoy, pues éste conservaba todo su ajuar funerario intacto.

En mayo de 1944 trabajando unos obreros en la finca "La Fuente", situada en Tigayga, en la base de los famosos riscos que dominan el Valle de Taoro, en terreno muy pendiente, hallaron a una profundidad de 4 m. tierras de color negruzco, y pronto aparecieron cantos rodados del mar (?), montones de lapas y caracoles y huesos. El dueño ordenó trabajar con precaución y así se extrajo una vasija entera y trozos de otras. Aquella, contra lo habitual, no sólo tiene el borde dentado sino que unas someras incisiones verticales decoran su parte superior. Va provista de su gollete. También algunos de los trozos, muy variados, presentan decoración rudimentaria. Debemos estos informes y la donación de la cerámica referida (números 24 y 26 de nuestra colección universitaria) a nuestra alumna Srta. Domíngua Domínguez, del Realejo de Abajo, a la que damos gracias.

Ella conjetura que se trata de los restos de una cabaña, acaso construcción rústica, destruída y enterrada por un derrumbamiento del risco. Pero puede muy bien ser una cocina o conchero al aire libre, a lo que no se oponen las piedras grandes que aparecieron juntamente.

En fin, *last but not least*, voy a dar noticia de los notables hallazgos realizados por el maestro y capitán de artillería D. José Manuel García Borges. Ha recorrido numerosas cuevas sepulcrales y de habitación de la

(6) Nos proponemos un estudio especial de estos bastones tinerfeños y allí daremos medidas y reproducciones.

zona costera de Santa Úrsula, con los correspondientes hallazgos de restos humanos, de cuentas de collar de tierra cocida, cerámica lisa y decorada, punzones, etc. En una cueva de la Cuesta de la Villa (descenso hacia La Orotava) halló, además de dos punzones de hueso, dos piezas planas de la misma materia, ligeramente acanaladas, de extremos redondeados, de 13 cms. de largo por 2 de ancho. Cerca de uno de los extremos están perforadas. Objeto análogo, aunque menos bien conservado, halló en la región de Teno el Sr. Diego Cuscoy (7); se trata, pues, de un utensilio guancho de uso difundido y cuya aplicación no adivinamos. Cuscoy le da el nombre de espátula y lo halló también junto con un punzón.

Pero lo más sorprendente, lo verdaderamente sensacional en la arqueología canaria, es el "tesoro" de una cueva de la Quinta Roja (Santa Úrsula), en el paso de los Lirios, en el acantilado situado debajo de la batería. En una pequeña cueva, poco más que un socavón natural, se notó la presencia de algunas cuentas de collar blancas, recortadas de conchas calizas, como tiene el Museo Canario de Las Palmas. La tierra donde yacían procedía de una estrecha grieta de la pared de la cueva tapada a su vez por unas plantas; arrancadas éstas y vaciada la grieta se halló en su fondo un conjunto de curiosos objetos: ocho piezas de conchas perforadas en su centro, dos canutillos de hueso de 10 cms. de largo por 2 de diámetro, dos lapas grandes formando estuche una con otra, estuche que contenía gran número de cuentas blancas como las primeramente vistas; siete pequeñas y finas cuentas de hueso, de 6/7 mm., de forma redonda como granos de rosario; una cuenta de fina superficie negra, de una materia ligera comparable a nuestra *chonita*, y todavía, numerosas cuentas esféricas de vidrio.

El exterior de estas últimas cuentas, de color plomizo y mate, no denuncia su naturaleza. Pero las rotas accidentalmente muestran que aquel aspecto es debido a alguna alteración superficial y que por dentro son de vidrio azul fácilmente foliable. Es inútil decir que el hallazgo del Sr. García Borges es desconcertante; en un medio indudablemente indígena como lo muestran las lapas, las cuentas de concha y las placas perforadas de este mismo material, aparecen piezas que no imaginábamos en manos de guanches: las finas cuentas de hueso y, sobre todo, las de vidrio.

(7) Vide núm. 3 de la fig. de la página 119 del citado trabajo de Diego Cuscoy (*Revista de Historia*, X).



Respecto de éstas vamos a hacer algunas reflexiones. El vidrio no es producto fácilmente atribuible a una invención local. En estas islas tiene que proceder o de una antigua relación con los pueblos orientales que lo descubrieron o de importaciones de fines de la Edad Media, cuando los navegantes europeos redescubren las islas. Menos verosímil es imaginar una producción local arrancando de enseñanzas de aquellos remotos navegantes orientales. Cuesta imaginar para el conjunto del hallazgo una remota antigüedad. Los discos de concha blanca perforados son objetos conocidos de la arqueología canaria. En el Mueso Canario hay muchos y, además, una especie de diadema de cuero fino adornada con diez de esas piezas distribuidas simétricamente. También las hay en el Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, y procedentes de La Gomera, en peor estado de conservación, nos dió algunas para la colección de la Facultad nuestro discípulo el maestro D. Antonio Mederos (número 28 de dicha colección). El Sr. García Borges nos ha hecho notar que estos típicos discos son recortados de la cabeza plana de las conchas del género *comus*, que se recogen, aunque no abundan, en nuestras playas. También se han hallado aros recortados de la misma concha. Es, pues, algo corriente en las sociedades indígenas tal como las hallaron los conquistadores. Entonces se impone la hipótesis de que las cuentas de vidrio proceden de estos mismos conquistadores o de los tratantes y misioneros que les precedieron inmediatamente. En sus relaciones con los naturales obsequiaron a uno de éstos con una llamativa sarta de perlas de vidrio, que el guanche escondió con sus más preciados adornos; tipo de escondrijo, por lo demás, hasta ahora único, que sepamos.

Unas muestras de estos vidrios han sido remitidas para examen a varios arqueólogos de Madrid y Barcelona. Aunque han notado alguna analogía con vidrios romanos hallados en Mallorca, el dictamen general es que no se trata de nada púnico ni romano. Acaso medieval, pero no lo afirman, porque desgraciadamente de las cosas de uso cotidiano de esta última época nada se sabe fijamente, ya por falta de hallazgos, ya de estudios. En fin, terminamos recordando que ya Diego Cuscoy halló una cuenta en apariencia de cerámica vidriada (8) y añadiendo que, últimamente, otro investigador ha hallado en otra cueva funeraria, junto con cuentas típicas de tierra cocida, una de vidrio multicolor y con reflejos metá-

(8) DIEGO CUSCOY, artículo cit., fig. IV. última cuenta.

licos como las que pueden verse, por ejemplo, en el Museo de Cádiz, de época púnica o romana. Pero de esto habrá que hablar en otra ocasión...

LA GOMERA

Como simple prospección esta isla fué visitada por el Comisario Provincial D. Juan Álvarez, acompañado por el citado D. Antonio Mederos y el que suscribe. No fué más que una toma de contacto. El Comisario comprobó la existencia de confusas ruinas, de que había hablado hace muchos años, en términos algo fantásticos, D. Juan Béthencourt Afonso (9), en la cima llana de la Fortaleza de Chipude. Los trabajos y encuestas que ha realizado luego el Sr. Diego Cuscoy corresponden ya a 1945. También ha hecho alguna exploración el Sr. Mederos. Con anterioridad vimos en manos de un alumno nuestro una pieza cerámica interesante procedente de aquella isla: muy plana, de forma elíptica, tiene sus extremos perforados por estrechos agujeros. Su superficie inferior lleva unas líneas de puntos cruzadas caprichosamente. Cuscoy, notando que estos extremos están aluminados, sugiere que el recipiente serviría de lucerna y allí precisamente estarían las mechas. Por los agujeros pasarían palitos y en éstos se fijarían las suspensiones. Todo ello supone refinamientos que no imaginábamos en los silvestres gomeros aborígenes (10).

EL HIERRO

A la lejana Ezero, famosa ya entre los arqueólogos por sus inscripciones indecifrables, se trasladó el mismo Comisario Provincial D. Juan Álvarez con el concreto objeto de examinar las posibilidades de realizar una reproducción metódica y completa de dichas inscripciones (11). Desde luego las dificultades materiales no son pocas, como comprobó, mas tampoco insuperables con recursos suficientes y cuando se disponga de ellos no

(9) JUAN BETHENCOURT AFONSO, *Sistema religioso de los antiguos gomeros*, en "Revista de Canarias", III, 1881, pág. 355.

(10) El Sr. Mederos prepara un trabajo sobre cerámica gomera, ampliación de lo que publicó en *Palabras y Cosas*, Instituto de Estudios Canarios, 1944, págs. 187-197.

(11) Este viaje perseguía también fines de estudio lingüístico y el conjunto de sus interesantes resultados será asunto de un trabajo de nuestro colega Juan Álvarez Delgado.

deberán escatimarse para conseguirlo, mediante la fotografía, el calco y aun el dibujo. Álvarez visitó todos los lugares de letreros conocidos y aun tuvo la suerte de hallar algunos conjuntos de signos que habían pasado hasta ahora inadvertidos. Pero aparte esta labor preparatoria de una empresa urgente para la arqueología canaria, el más feliz resultado de su viaje fué la identificación de las dos famosas rocas asociadas por los primitivos naturales con sus divinidades masculina y femenina respectivamente. De estas creencias nos habla con algún detalle Abreu Galindo (12), quien añade que en su tiempo las rocas se llamaban "Los Santillos de los antiguos"; pero después, caído en desuso y olvidado el nombre del lugar donde se hallaban aquellas rocas sagradas, que Abreu dice se llamaba Bentayca, se trató de encontrarlo a base de semejanzas de nombres de lugares apenas fundadas en el sonsonete. Álvarez oyó hablar de una finca llamada "Los Santillos", se trasladó a ella y tuvo la buena suerte de poder localizar, sin lugar a dudas, el paraje citado por el cronista. Es un caso afortunado, pues son pocas las veces que las referencias de los antiguos autores pueden hallar hoy una confirmación tangible.

Todavía en el Alto del Mal Paso, buscando infructuosamente nuevos letreros, halló Álvarez una piedra toscamente trabajada, de unos 80 centímetros de largo por 35 de ancho, análoga acaso a los betillos hallados por D. Pedro Hernández en Telde de Gran Canaria y al encontrado por D. Eugenio Rijo al pie de Zonzamas, en Lanzarote. Pero esa comparación no se basa en estudio suficiente de nuestra parte.

LA PALMA

En esta isla, puesta hace unos años en la actualidad arqueológica por los hallazgos de grabados rupestres hechos y dados a conocer por la alumna de esta Facultad, hoy ya licenciada, Srta. Avelina Mata (13), se han hecho luego pocas invenciones de interés. Los abundantes grabados vistos por Avelina en el barranco de San Antonio y la Fuente de la Zarza y en el de Las Tricias, añadidos a los ya mejor o peor conocidos de antes, de

(12) FRAY JUAN DE ABREU GALINDO, *Historia de la Conquista de las siete islas de Gran Canaria*, libro I, cap. XVIII.

(13) AVELINA MATA, *Los nuevos grabados rupestres de la isla de La Palma*. *Revista de Historia*, VII, 1940-41, págs. 352-54 y lámina adjunta.

Garafía, Pico de la Nieve y otros (14), amén de los "clásicos" de Belmaco, nos dió la impresión de que la isla está cuajada de ellos. Lo mismo imaginaron Avelina y sus colaboradores locales y, por ello, en los veranos siguientes se lanzaron con ardor por montes y barrancos dispuestos a descubrirlos en todos los riscos. Pero no todo el monte es orégano, ni todas las peñas son el caboco de la Zarza (la "Capilla Sixtina" palmera). Todos los esfuerzos y constancias fueron inútiles: no apareció un solo grabado más. Aunque esto no prueba que no los haya (con seguridad hay más), sí prueba que no abundan como supusimos y esto supervalora todavía el hallazgo de la Zarza.

Paralelamente a estas rebuscas otro joven aficionado a la arqueología, D. Jesús Álvarez García, maestro que era de El Tablado, de acuerdo con la Comisaría exploraba algunas cuevas de la región de Tijarafe. Aunque a veces hallaba restos humanos no les acompañaba ajuar alguno; no obstante, en una ocasión encontró un utensilio cerámico típico de La Palma: una especie de fonil o embudo de tierra cocida, ricamente adornado de menudas incisiones en su exterior, según uno de los estilos decorativos usados por los aborígenes de aquella isla; semeja algo el trabajo de la cerámica del vaso campaniforme español. Del mismo tipo existen varios incompletos y menos ricos de decoración en el Museo de la Sociedad "La Cosmológica", de Santa Cruz de La Palma. Sobre su finalidad en la vida aborigen nada podemos precisar, aunque son varias las hipótesis aventurables: fonil, bucio (bocina), boca de odre, chimenea...

Sólo precisando con cuidado las circunstancias de los hallazgos se pueden resolver tales problemas ¡y esto se descuida tanto! El magnífico ejemplar encontrado por Jesús Álvarez es hoy el número 29 de la colección de la Facultad por donación del inventor. Le acompañan también como otras muestras de la cerámica palmera, tan interesante en sí misma, una colección de fragmentos de variada decoración donados por D. Antonio Mederos (número 27) y un gánigo en miniatura de 6 cms. de boca por 5 de alto, hallado hace muchos años en Punta Llana junto con otros mayores perdidos, donado por D. Cándido Hernández Padilla (número 32). Todavía una escobilla de palma, procedente de la cueva de San Simón, en Mazo (número 34).

(14) Vide el mismo artículo y su continuación por mí, págs. 356-7.

***,

Mucho falta por hacer, en algunas islas nada se ha realizado en forma metódica, en todas falta habituar a los aficionados a colaborar entre sí y a someterse a las orientaciones de las Comisariías; falta también resolver el delicado problema de la propiedad o posesión de los objetos hallados, que no se soluciona con incautaciones o prohibiciones que sólo conducirían a la ocultación y a la clandestinidad. Mas nadie puede dudar de que el trabajo arqueológico en Canarias ha entrado en una fase nueva que no se conoció nunca hasta ahora. Esforcémonos en mejorarlo, colaboremos cordialmente todos los que por estas cosas nos interesamos, convenzámosenos de que con ello serviremos a la patria y a la ciencia. Todavía, si conseguimos todo esto, nos quedarían dos cosas importantísimas que resolver, por lo menos en Tenerife: la formación de un verdadero museo arqueológico, científicamente organizado y dignamente instalado y la publicación, suficiente en calidad y oportuna en tiempo, de la labor y de los hallazgos realizados. Pero a todo se llegará si no perdemos el camino en futilidades y somos modestos de apariencias y ambiciosos de realidades.